

A LA  
LETRA

# Ser y no ser una ficción autobiográfica

de BÁRBARA JACOBS



A Diego Velázquez



I.

A medida que más proyectos literarios emprendo, más me inclino hacia la literatura biográfica y autobiográfica, sólo que a mi modo y porque me parece que las dos formas hacen una, ya sea desde la narrativa, el drama, la poesía o el ensayo, y que en todo caso para mí es la única aproximación por la que vale la pena escribir.

Estoy por la distorsión del yo, pero una tergiversación ingeniosa. Estoy por ser y no ser una ficción autobiográfica.

Pero como lo que al mismo tiempo estoy segura de que *no* soy es una buena teórica, voy a tratar de explicar mis ideas a través de la historia de *Lunas*, aunque podría intentar hacerlo con cualquiera de mis otros libros, pues creo que esto se aplica aún a los que todavía no he ni siquiera imaginado. De una bibliografía formal, al día de hoy, de trece títulos, ampliable a quince y hasta a más, según qué géneros y categorías de participación bibliográfica incluya la enumeración, *Lunas* es mi sexta novela, autobiográfica y no autobiográfica, y en cualquier caso el libro de narrativa más reciente que he publicado.

Confieso que en consecuencia de este afán autobiográfico cada vez se me agudiza más la compulsión de registrar, de forma exhaustiva y minuciosa, absolutamente *todo* lo que vivo, práctica que, cuando mi presa es un libro que acabo de publicar, llega a ser francamente exacerbante. Me siento, más que ante una reprobable obsesión, ante una responsabilidad tan grande que temo que si no la cumplo no podría morir en paz, ya no digamos, como quería Voltaire, riendo. Mi filosofía de la vida es la de estar consciente de que cada día es el único día, y que por lo tanto debo enfrentar cada trabajo en el que me embarque como si fuera el primero que escribiera y simultáneamente como si fuera a ser el último. Si la vida de todos está hecha de cabos sueltos, la de un escritor no es sino el intento de ir atando uno que otro de esos cabos, pero él sabe mejor que nadie que la suya es la historia de nunca acabar, o del milagro de la multiplicación de los cabos. Es lo que siento de la mía, que se agrava por esta obsesión de no dejar suelto nada. Parece que mientras más cabos ate, más real mi vida, porque lo evanescente es la realidad, no la ficción de los cabos.

Quiero advertir que las líneas que siguen, aunque lo parezcan, no son triviales, pues en ellas pongo en juego, además de los de la

**MI PROPÓSITO ES LLAMAR AL LECTOR A LA REFLEXIÓN PRISMÁTICA. MI AFÁN DE RECUPERAR DEL DESCRÉDITO LITERARIO DESDE LA SIMPLE PRESENTACIÓN DE UN LIBRO HASTA LA LECTURA FATÍDICA DE UN CURRÍCULUM, UNA BIBLIOGRAFÍA O UN ÍNDICE, FORMA PARTE DE MI EMPEÑO.**

crítica, los recursos de la crónica y del diario, que configuran también el amplio género bio y autobiográfico del que, con el fin de dar sentido a este mismo texto, me estoy ocupando de manera práctica. Mi propósito es llamar al lector a la reflexión prismática. Mi afán de recuperar del descrédito literario desde la simple presentación de un libro hasta la lectura fatídica de un curriculum, una bibliografía o un índice, forma parte de mi empeño.

Últimamente describo como para que un ciego no sólo imagine, sino que realmente *vea* lo que describo, metáfora que se acerca a lo que pretendo hacer con materiales bio y autobiográficos: que a través de ellos el lector más distante de mí, el más desprovisto de referencias que me identificaran para él, se sintiera atraído literariamente por lo que yo le expusiera de mí y de este modo pudiera tener una idea literaria de quién soy y cómo soy, aunque le presentara a una yo ficcionalizada. El retrato y el autorretrato más fiel siempre será el retrato y el autorretrato que el retratista o el autorretratista vio, muy probablemente en sueños o por lo menos entre ensoñaciones.

**II.**

a) Así, animada por este espíritu, diré que, desde el punto de vista editorial, *Lunas* se publicó en una coedición de Ediciones Era y la Dirección de Literatura de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su publicación en 2010 fue una coincidencia de símbolos particularmente afortunada, pues por fuerza se enlazó con la celebración del 50 Aniversario de Ediciones Era como editorial independiente, con la del Centenario de la categoría *nacional* de la hasta entonces, pero desde hacía cuatrocientos años, sencillamente Universidad de México (su *autonomía* todavía no cumple cien años). (Personalmente, *Lunas* marcó mi feliz regreso a Ediciones Era, después de dieciocho años y ocho libros de una nostálgica y hasta traumática ausencia.)

La fecha de publicación de *Lunas* es el 15 de junio de 2010. Cuenta con doble ISBN, de Era y de la UNAM. Tiene trescientas setenta páginas. Mide 20 cm de alto x 14 de ancho y 2 de grueso. Es de pasta blanda. Fue impreso en México. Su fotocomposición es de Alfavit (y estuvo a cargo de la hija de un alto funcionario del grupo

editorial que, por lo que hace a novela, con *Lunas*, abandoné en forma definitiva), y la impresión es de Litográfica Ingramex. No sé cuál es el nombre del tipo que se utilizó, pero el tamaño parece ser de catorce puntos, en otras palabras, “la mancha” es de “lectura generosa”, como se refirió a ella W, es decir, legible con facilidad (como, debido al tamaño del tipo, de nueve y once puntos respectivamente, resultaron ilegibles dos libros míos anteriores a *Lunas*, que no eran novelas y que publiqué en dos editoriales marginales, en la transición de una editorial mayor a otra).

La tapa reproduce un fragmento de *Espuma de luna, bautizo del nuevo día*, de Alan Glass, y la cuarta de forros, una fracción de un texto que Gabriel García Márquez escribió en apoyo del nacimiento, precisamente, de la en aquel entonces y desde semejante distancia, apenas vislumbrada *Lunas*. La fotografía de la autora es de María Meléndrez, del diario *La Jornada*. El diseño de la cubierta es de Juan Carlos Oliver. (Personalmente, me habría encantado que en esta ocasión se hubiera reproducido completo el texto que García Márquez dedicó a mi trabajo, no sólo por el valor



que sus palabras tienen de por sí y, además, porque me las dedicara a mí, sino en vista de que en su momento todavía él mismo me autorizó a disponer de ellas.)

En cuanto se publicó, presenté *Lunas* en el café La Pause (término alemán que en español significa *recreo*, y que se pronuncia a la española, *au* como en aula), en la calle de Francisco Sosa, en Coyoacán, ante y a los medios de comunicación, que transmitieron la noticia a través de diferentes clases de reportajes y entrevistas, de forma impresa, electrónica, vía radio o televisión.

Las casas coeditoras y yo misma hicimos llegar ejemplares de mi novela a nuestras respectivas listas usuales y actualizadas de lectores nacionales y extranjeros, entre ellos, escritores, académicos, críticos, periodistas, libreros, traductores, bibliotecarios, familia y amigos, muchos amigos, todos nuestros amigos. Al mismo tiempo, el distribuidor colocó la

edición en las librerías con las que trabaja. Con este jactancioso listado —lector, recuerda que estas páginas no son triviales, cada punto lleva intención— quiero señalar el entusiasmo y la fe con la que los autores que *no* aprendemos de la experiencia recibimos la salida de nuestros libros, impresos con tipo legible o ilegible, en editoriales grandes, pequeñas o marginales, en fechas celebrativas o anodinas, en diseños bellos o antiestéticos, con portadas y solapas significativas o insignificantes.

Más formalmente, y en compañía de críticos (Nina Crangle, Nidia Vincent, José Garza), he presentado mi novela en México, de acuerdo a como se estila hacer hoy, en ferias del libro internacionales (Xalapa, Monterrey, Zócalo del Distrito Federal). También la he presentado ya, el 4 de diciembre, día de Santa Bárbara, acompañada por Christopher Domínguez Michael y mi editor,

Marcelo Uribe, en la feria de ferias, segunda en rango mundial, la FIL de Guadalajara, a donde no volvía desde su fundación en 1987, cuando presenté ahí mismo *Las hojas muertas*, mi primera novela, también publicada por Ediciones Era y hoy, entre otras ediciones, en una colección de la Secretaría de Educación Pública y el Fondo de Cultura Económica que, entre las dieciocho novelas breves y de lectura apta para jóvenes que contiene la antología, incluye *William Pescador*, de Christopher Domínguez Michael. (En la preparación editorial intervino José Ramón Ruisánchez, entre otros escritores.)

Por último, a finales de febrero de este 2011, presenté *Lunas* en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, con Jorge F. Hernández y Julio Patán, que a modo de presentación me hicieron, en el mejor estilo de un *happening*, una fugaz entrevista conjunta pública en



un salón lleno a tope de público básicamente cautivo, con honrosísimas excepciones.

Con *Lunas* en circulación, he observado que los comentarios que lectores comunes o especializados me han hecho de forma directa o indirecta, pero de viva voz, o las cartas que me han enviado por diferentes vías y de más cortas o más largas distancias, algunas de ellas tan célebres que me tientan a publicarlas, han ido sustituyendo las reseñas profesionales en los medios de comunicación. Quiero decir que me parece que he estado viviendo de primera mano una especie de renacimiento de los viejos medios de información, expresión y comunicación, como son el boca a boca o la práctica del género epistolar.

Algo más que me ha sucedido con *Lunas*, y que valoro tan alto como la oportunidad de dar esta conferencia, o publicarla, o como valoraría ser convocada a pronunciarla en la cátedra de mayor prestigio que existiera, fue haber sido invitada, en dos ocasiones, a grupos de lectura que eligieron *Lunas* como tema de discusión. (Recojo la experiencia en mi artículo “De veinte en veinte”.)

En todo caso, para enterarme del curso de la recepción de mi libro, yo he celebrado este renacimiento, como he celebrado, sin duda, las presentaciones y críticas formales que han hecho los críticos que ya mencioné, notablemente la de Christopher Domínguez, que publicó en *El Ángel de Reforma*, o la que Nilo



## LUNAS SE HABÍA SUICIDADO, Y LA INTENCIÓN DE DIAN AL PRETENDER ESCRIBIR SU BIOGRAFÍA FUE LA DE CONSERVAR SU MEMORIA.

Palenzuela, escritor, poeta, narrador, crítico y profesor de la Universidad de la Laguna, de las lejanas Islas Canarias, publicó, bajo el sugerente y aquí muy oportuno título de “Vuelta a la novela, vuelta a la vida”, en el suplemento de nombre no menos sugerente y oportuno, *El Perseguidor*, del *Diario de Avisos* de Tenerife, crítica que finalmente la *Revista Universidad de México* asimismo publicó, en su número de junio de este 2011, a involuntario modo celebrativo del primer aniversario de la novela. También, la reseña que recogió la revista *La Nave*, de Xalapa, de Elisa Corona, de quien no encontré ninguna referencia pero quien, me parece, leyó *Lunas* con las antenas de recepción y propagación de toda la clase de ondas con las que los autores esperamos que nuestros lectores nos palomeen como buenos escritores.

b) Esquemáticamente, *Lunas* es una novela formada por tres biografías independientes de dos personajes que son una pareja, Pablo Lunas y Aurora Ossip. Pablo Lunas fue un profesor de literatura de preparatoria y un escritor frustrado que en 1987, a los sesenta y siete años de edad, se suicidó en Pueblo Quieto, una población en la carretera nacional entre la ciudad de México y

Cuernavaca. Aurora Ossip, su viuda, hoy desaparecida, fue una ex bailarina, ex traductora, ex acuarelista y, asimismo, ex escritora frustrada.

Mi relación con Pablo Lunas empezó a principios del siglo XXI, cuando Dian Yaub, una amiga mía, descendiente de libaneses como yo, familia mixta, de maronitas y judíos, y con quien de niñas estudiamos juntas árabe, me pidió incorporar entre mis colaboraciones en el diario *La Jornada* lo que desde el comienzo ella misma llamó “Capítulos de Lunas”, que consistían en breves exposiciones de las clases de literatura que Dian había recibido cuando, cuarenta años atrás, había cursado esa materia en la preparatoria, impartida precisamente por el profesor Pablo Lunas.

Lunas se había suicidado, y la intención de Dian al pretender escribir su biografía fue la de conservar su memoria. Para documentarse, entrevistó a su viuda y consultó sus propios cuadernos de apuntes de su época de preparatoriana.

Había prestado a Dian mi espacio en el periódico no sé en cuántas ocasiones, cuando un buen día me buscó otra antigua discípula del profesor Lunas, Lucrecia Cordal, que a su vez

había sido compañera de banca de Dian Yaub y su contendiente en la competencia fantasma de escritoras aficionadas. Me contó que a medida que leía los “Capítulos de Lunas” entre mis colaboraciones, mismos que en todo momento supo que en realidad estaban escritos por

**AL DESPEDIRSE, ME PROPUSO REUNIR AMBAS APROXIMACIONES A LA VIDA DEL PROFESOR LUNAS EN UN MISMO VOLUMEN QUE YO RECOGIERA CON MI NOMBRE Y CON EL SOBREENTENDIDO QUE LO HACÍA EN CALIDAD DE COMPILADORA.**

Dian, animada y hasta azuzada por ellos, ella igualmente se había dado a la tarea de entrevistar por su cuenta a la viuda, Aurora Ossip, con el fin de obtener material para, de este modo, ella también poder escribir sobre su profesor.

A diferencia de Dian, que me entregaba textos sueltos, lo que Lucrecia me entregó fue un breve libro, publicado por If Press en edición privada y titulado “Sueños de Lunas”. Al despedirse, me propuso reunir ambas aproximaciones a la vida del profesor Lunas en un mismo

volumen que yo recogiera con mi nombre y con el sobreentendido que lo hacía en calidad de compiladora.

Las dos biógrafas o escritoras aficionadas eran de mi edad pero, aparte de los “Capítulos...” y los “Sueños...”, ninguna había concretado mayormente sus ilusiones respectivas de ser escritoras. Sin embargo, ahora las dos, cada una a su modo, ponía en mis manos la arriesgada misión de hacerlo por ellas.

Mientras sopesaba estas consideraciones y sus posibles consecuencias, advertí que entre los dos enfoques se conformaban dos biografías sui generis, una externa y la otra interna, de la existencia de Pablo Lunas, pero que en cambio de su viuda, Aurora Ossip, ninguna arrojaba sino atisbos, o si acaso una

visión demasiado periférica para ser lo significativa que ameritaba serlo. En lo que lamentaba esta situación, que dejaba trunca lo que podría ser un intento más acabado de biografía de la pareja, tocó a mi puerta Eliza U. Ossip, sobrina de Aurora, que a su vez, y en asombrosa, por no llamarla astral, por no llamarla mágica, en asombrosa respuesta a mis lucubraciones, me comunicó que yo sabría mejor que ella qué hacer con el legajo de hojas que tituló “Aurora de Lunas”, mismo atado que de inmediato puso en mis manos. Tras leerlo, supe

que era la pieza que me faltaba para redondear el conjunto de perspectivas biográficas. De modo que reuní las tres visiones, apenas retocadas, en el volumen que pasó a ser la novela *Lunas*.

c) Ahora bien, y para empezar a hablar del desdoblamiento, fundamental para profundizar, o penetrar la superficie de un esquema y vivificarla, si un lector se pregunta por qué firmo yo el libro y no sus tres autoras, y otro más avieso y avisado llega a la conclusión de que, si lo firmo yo y no ellas, yo las estoy plagiando, puesto que estoy dejando pasar como propia una obra que no me pertenece, les recuerdo a ambos que hoy en día el plagio se llama homenaje y que, por lo tanto, no estoy plagiando a nadie, sino rindiendo un homenaje a cada una de las tres autoras de las biografías sui generis de Pablo Lunas y Aurora Ossip, es decir, Dian Yaub, Lucrecia Cordal y Eliza U. Ossip.

Pero ¿quiénes son ellas y qué tipo de aproximación literaria emprendió cada una del sujeto que eligió para su biografía particular?

Sé que la ilusión de Dian Yaub desde chica fue ser biógrafa. Por lo tanto, para conformar los “Capítulos de Lunas” no se valió sino de datos documentables, es decir, las entrevistas que le hizo a la viuda y los apuntes de las clases de Lunas contenidos en sus viejos cuadernos de preparatoria. El resultado fue una visión exterior de Pablo Lunas y de la propia Aurora Ossip, un retrato trazado en un estilo directo y



**TUVE QUE SOÑARLOS YO, PERO, PARA QUE PUDIERAN SER LOS SUEÑOS DE LUNAS, LUCRECIA CORDAL TUVO QUE ADAPTARLOS AL INCONSCIENTE DE PABLO LUNAS, EL PERSONAJE EN EL QUE ELLA CONCENTRÓ SU MIRA.**

escrupuloso, con el que sé que ella quedó conforme, pues mal que bien responde al de un biógrafo profesional.

Por lo que hace a Lucrecia Cordal, tuvo la fortuna de hacerse de un año de sueños de su viejo profesor, 365 sueños que constituyeron el material ideal para que precisamente ella lo elaborara, pues ella, a diferencia de Dian, había tenido la ilusión de ser escritora, más que biógrafa, como había soñado con llegar a serlo Dian. De ahí el estilo desenvuelto y hasta atrevido con el que Lucrecia trata esta visión de la vida interior de Pablo Lunas, aunque sé que a ella le habría gustado extenderse aún más para explorar dicha visión aún mejor, es decir, con una desenvoltura todavía más desatada. Parece que se le quedaron en el tintero algunos de los sueños de su profesor, pues la falta de experiencia en el oficio de escribir le impidió saber integrarlos con la maña adecuada en el caudal narrativo que asombrosamente fue alcanzando con el resto de su materia elemental. (O tal vez el censor que intervino en la exclusión de algunos de los 365 sueños fue el editor de If Press,

y no la falta de experiencia de Lucrecia en ningún oficio. Y sin duda fue para bien.)

Por último, “Aurora de Lunas”, la tercera biografía de la novela, y la que cierra el ciclo, está escrita por Eliza U. Ossip, sobrina de su biografiada y la traductora oficial de e. e. cummings al español. Al ser llamada por las autoridades a intervenir en la reconstrucción de los motivos que pudieron haber detonado la desaparición de su tía Aurora, la viuda de Pablo Lunas, inadvertidamente lo que hace es descubrir el secreto que provocó que la vida de esta querida tía suya, hermana de su mamá, no fuera sino una sucesión de tormentos y fracasos.

En vista de que Eliza es una traductora consumada de poesía, que sólo orillada por las circunstancias se ve convertida en biógrafa, el estilo de su trabajo se limita a registrar los hechos con fidelidad, aunque guiada, además, por la lealtad que le debe a su tía, pero sin ninguna otra intención ni pretensión, mucho menos de índole literaria. Si llega a violar alguna intimidad, pasa por confidencia y, en todo momento, obligada por las circunstancias.

d) El tema de la novela es el de la identidad, tanto de los dos protagonistas y los diversos

personajes secundarios, como de las tres narradoras que los estudian y hasta de la propia autora responsable de la ficción completa y acabada. Quién es cada uno, qué buscan, a dónde van, cómo se relacionan entre ellos y con los demás; las razones y las sinrazones que los mueven.

Aquí puedo advertir que, de todos los personajes que protagonizan *Lunas*, los más autobiográficos por lo que hace a mí son las tres biógrafas. Por otra parte, de todo el material que contiene la novela, el más autobiográfico, asimismo por lo que a mí toca, son los sueños. Esto último, debido a una sencilla razón. Tuve que soñarlos yo, pero, para que pudieran ser los sueños de Lunas, Lucrecia Cordal tuvo que adaptarlos al inconsciente de Pablo Lunas, el personaje en el que ella concentró su mira.

e) Técnicamente, en *Lunas* me propuse experimentar con algunos de los géneros literarios cuyos recursos me han resultado más fértiles en mis exploraciones, como son principalmente el diario, la biografía, el diálogo y la entrevista, pero abordados por un trío de practicantes no especializadas. Mediante estos instrumentos quise pasar de la realidad de los hechos a la



irrealidad de la ficción sin que se notara, exponer las dos realidades irreales o las dos irrealidades reales como si fueran lo mismo hasta exacerbar la paciencia del lector, que tiende a creer que no lo son y que no deben serlo.

Henry James sostiene que la materia prima de la ficción ha de conservarse como ficción, por más que dicha materia se base, como la del historiador, en documentos y registros. Y llama traidor al novelista que admite que finge lo que narra, y llega a calificar su indiscreción como un *crimen terrible*.

Sin embargo, a espaldas de James y aquí, entre *nous*, diré que me tomó unos nueve años escribir *Lunas*, y agregaría que, desde que empezaron a aparecer publicadas las primeras manifestaciones de lo que llegó a ser esta novela, recibí comentarios de lectores en el sentido de que Pablo Lunas era una persona real, a la que ellos incluso conocían o habían conocido, y que esta confusión fue uno de los apoyos más invaluable con los que conté para continuar y esmerarme en la construcción y profundización de todos los personajes que conforman el libro, entre los que me encuentro yo misma, ocupando los zapatos de unos y de todos los demás para lograr de veras transmutarme en ellos, virtud o distorsión de “mi” yo de la que soy portadora o víctima, o a la que he sido propicia, desde que publiqué por primera vez un texto.

f) Pues mi primera transmutación también está en la

## **EN MI TEXTO, QUE CARECÍA DE OTRA PRETENSIÓN QUE LA DE CONTAR UN SUCESO, LO QUE OCURRÍA ERA QUE UNA NIÑA DESPERTABA Y AL PIE DE LA CAMA VEÍA AL JOVEN, QUE SOBRE ESA MISMA ALMOHADA LA HABÍA ESTADO SOÑANDO A ELLA, MIRÁNDOLA SOÑARLO.**

historia autobiográfica completa de mi primera salida a la luz en letra impresa, a mis veintidós años, en el verano de 1970 (ver “Cómo empecé a escribir” y “Cetro de cedro”).

El acontecimiento tuvo lugar un domingo de elecciones presidenciales, cuando civilmente yo me estrenaba como votante, y fue en el suplemento cultural del diario *Novedades*, nombre que también añadió su significado simbólico a la ocasión.

Yo era principiante en la carrera de psicología en la Universidad Nacional cuando uno de mis profesores, que había querido ser escritor, y al que evidentemente le habré contado que yo compartía con él el sueño de escribir, pero que en mí no era cosa del pasado sino algo que tenía muy presente y que seguía soñando y en lo que de hecho no contemplaba dejar de soñar nunca, me animó a mostrarle algo que yo hubiera escrito. Así que entresaqué de mi diario una narración y la pasé a máquina con el título y solamente uno que otro retoque, pues entonces yo ni siquiera conocía la noción, y mucho menos ejercía la práctica, de corregir un escrito, y, apenas volví a ver

a este psicólogo, se lo mostré. Dos o tres días más tarde, él me comunicó que a su vez había llevado mi cuento al periódico, y que el director, un reconocido autor de guión cinematográfico y novela de género policial, lo había aceptado y lo publicaría cuanto antes. Por la nota con la que la redacción me presentaba a mí y clasificaba mi relato, me enteré de que mi escrito se inscribía en la literatura fantástica, y que el tema del que se ocupaba era el de la transmutación de los cuerpos, fenómeno que el diccionario ilustra con el ejemplo de lo que pretendían hacer los alquimistas, que era transformar los metales en oro. En mi texto, que carecía de otra pretensión que la de contar un suceso, lo que ocurría era que una niña despertaba y al pie de la cama veía al joven, que sobre esa misma almohada la había estado soñando a ella, mirándola soñar.

Como datos añadibles, diré que el director de la página en que me vi en letra impresa aquella primera vez era, igual que Dian Yaub y que yo misma, descendiente de emigrantes libaneses, dato que se sumó a la figura que iba emergiendo



del caparazón que me había contenido en calidad de escritora en proyecto o inédita, y que al romperse daba paso a una escritora publicada, es decir, de carne y hueso.

Pero digo que la historia completa de mi experiencia pública inicial es mi primera transmutación o ficción autobiográfica, porque cada uno de los elementos que la configuran hace más increíble y hasta inverosímil su realidad, por más que todos sean hechos comprobables. Se entenderá mejor si agrego que el motor de todo esto, que era yo, se abrió paso entre la bruma y la oscuridad y actuaba desde la ignorancia y la inconciencia. Es cierto que para entonces yo llevaba años de *querer ser* escritora, de leer de todo en un gran desorden, y de llevar un diario obsesivo y desbordado. Pero de ahí a haber imaginado que algo que yo entresacara de las páginas de mi diario fuera a ser

publicado por un autor de guión y novela policial, que lo inscribiría en la literatura fantástica y que definiría su tema como un fenómeno de transmutación de los cuerpos, hay un buen trecho.

Lo cierto es que así fue como empecé a aprender. Para empezar, que el escritor se transmuta en el narrador de sus ficciones y que los personajes que salen de su pluma por fuerza algo portan de él, aunque no sean él. O que la ficción es el oro en que se transmuta el metal que es la realidad.

Que yo estudiara psicología clínica tampoco es un dato insignificante, y menos si se toma en cuenta para entender mi inclinación hacia la literatura biográfica y autobiográfica. En este sentido, aunque sea más forzada la congruencia, también quiero destacar el hecho de que mi primer editor hubiera sido un autor de novela policial. Los instrumentos de los que se vale

este género novelesco se parecen a los del psicólogo y son los mismos del autor de biografías y autobiografías. La lupa, o lo que es igual, la observación más alerta y aguzada; el método lógico de razonamiento; la fundamental intuición. Y tienen la misma meta, el estudio o la persecución de identidades por algo memorables pero, por lo general, por ser susceptible de sufrir algún grado de distorsión o distanciamiento con respecto de la norma (noción ésta que, precisamente en relación a la literatura en general, pero especialmente en el tema bio y autobiográfico, es el pozo inagotable de cualquier escritor; lo es mío, muy en particular. Todo está en enfocar la mira hacia ella, y desovillarla).

### III.

Un personaje de ficción es quien es. Ninguno bueno está hecho nunca a partir de rasgos de un solo ser sino siempre de varios, reales y/o imaginarios. Lo ideal es que el personaje en cuestión se imponga en el lector en calidad de él mismo, y que por su validez atraiga y haga coincidir en sí lo fundamental de todos los enfoques posibles con que se lo lea (que serán tantos como lectores y épocas se acerquen a él), para que viva en la literatura y en la imaginación de su lector como quien es. El lector debe aprender a extralimitarse y enfrentar y conocer a un personaje con herramientas que pueden ser desde más realistas hasta más simbólicas, objetivas y subjetivas, pero que en todo caso sean varias y entre sí diferentes.

**EL LECTOR DEBE APRENDER A EXTRALIMITARSE Y ENFRENTAR Y CONOCER A UN PERSONAJE CON HERRAMIENTAS QUE PUEDEN SER DESDE MÁS REALISTAS HASTA MÁS SIMBÓLICAS, OBJETIVAS Y SUBJETIVAS, PERO QUE EN TODO CASO SEAN VARIAS Y ENTRE SÍ DIFERENTES**



A manera de un ejemplo de lo que es un personaje de ficción, recuerdo una película originaria de no sé qué casa cinematográfica comercial estadounidense, de este principio del siglo XXI, en la que la fachada de un edificio correspondía a la del Museo Nacional de Arte, en el Centro Histórico de la ciudad de México, y el interior al de unas oficinas de gobierno de Salamanca, en España; o en la que una vecindad del barrio bajo de Tepito, también en la ciudad de México, y según la misma película, estaba poblada por supuestos refugiados de Marruecos (¿o eran iraníes o iraquíes o argelinos?) en Salamanca, España. O, en la misma película, en la que el equipo de seguridad del presidente de Estados Unidos confirmaba que en el acto público que él habría de presidir en la plaza central de Salamanca, y para el cual había hecho el viaje desde Washington con su comitiva, lo que de hecho era la trama central de la película, sí iba a tener lugar un atentado contra él, así que lo convencía de que autorizara ser reemplazado por su doble en su amenazada intervención. El presidente autoriza, pero con tal disgusto y renuencia que cuando, a través de televisión y desde el apartamento en el que su propio equipo de seguridad lo resguarda, se ve a sí mismo proyectado en su doble presentándose en la plaza ante una multitud, exclama que tanta maniobra para que ese doble que lo sustituye ni siquiera se le parezca, atisbo ingenioso que tiene y que expresa apenas una

fracción de segundo antes de que el atentado se cumpla y dé en el blanco. (No puedo evitar traer a colación la respuesta célebre con que Diego Velázquez respondió a la crítica de que su retrato de no sé qué rey *no* se parecía al modelo. “Ya se parecerá”, contestó el pintor sevillano; “ya se parecerá”.)

Si me he extendido en echar mano de este ejemplo es porque ilustra con gran claridad la respuesta que me veo necesitada a dar cuando el lector me pregunta en quién me basé para constituir a tal protagonista o demás personajes de tal narración.

Yo preguntaría, el Munal mexicano que vi en la película, fusionado con las oficinas de gobierno de la española Salamanca, ¿de qué edificio se trata? O, la vecindad de Tepito, centro del bajo mundo de la ciudad de México que vi en la película, fusionada con un ghetto de refugiados marroquíes en la Salamanca de España, ¿de qué vecindad se trata? O, por dar un ejemplo más de la interminable serie de puntos de partida posibles hacia el estudio de un tema determinado, el actor que vi representar al presidente de Estados Unidos en la película en la que es sustituido por un doble para que la bala del atentado contra él no lo mate a “él”, ¿qué expresa del realizador de la película? ¿En quién se fundamentó para crearlo? (O qué sucede si el espectador no reconoce el Munal como lo que es, cosa muy posible, pues la plaza que se ve a su lado es, efectivamente, la de Salamanca.)

El lector que limita únicamente a *una* interpretación su discernimiento de un personaje ficticio es como el espectador de esta película que alcanza la anticlimática y reduccionista conclusión de que el presidente representa al papá del realizador, y que la única mujer con un papel (de espía, traidora y terrorista) en la película personifica a su esposa o, para el caso, a su mamá, o a la figura femenina más significativa para él cuando hizo su película, quienquiera que hubiera sido: quienquiera que sea el realizador de dicha película, en cuya identidad, por cierto, descuidada que soy, yo no reparé. (Cuando leí esta conferencia en la Universidad de California, en Irvine, el 28 de abril de este 2011, uno de los asistentes entre el público me apuntó algunos de estos datos, el título, *Vantage Point*, y dos nombres, Pete Travis y Dennis Quaid. Pero no me anotó el que verdaderamente habría preferido tener, tanto para los fines de mi diario como en especial para los de estas páginas, el suyo propio. Y lo lamento profundamente.)

#### IV.

Aunque los nombres que doy a los personajes de mis ficciones suelen nacer de forma espontánea, igual que los personajes, quizá ninguno como Pablo Lunas, que además de recordarle al lector a homónimos que él identifica, a mí me dio para el título de la novela, y éste, *Lunas*, para fundamentar autógrafos. En ellos, he recurrido desde a la diosa lunar Artemisa, hasta a declararme estar en la luna o ser lunática. A

los roperos de dos lunas, a la cara de luna, a la luna de la uña, a la uña de luna. A *Au claire de la lune* o *Lunas de octubre* o *Blue Moon*, o a la luna que se quiebra. A las fases de la luna. A *La luna y seis peniques*. A la Semana Santa y Pésaj. Al ciclo lunar de la mujer. A la luz de luna, al plenilunio, a las cuatro lunas de Júpiter y al hombre en la Luna. Al aullido a la luna. A la luna de miel y la *Luna de papel*. A la bandera de Turquía. A la invasión otomana que en el siglo XIII originó en Viena el croissant, o bollo en forma de media luna también llamado medialuna que todos desayunamos, característicamente de paso por París.

Una autobiografía debe poder leerse como ficción, es más, debe ser capaz de atrapar al lector como lo atrapa una novela policial, negra, de intriga y detectivesca. La lectura de una autobiografía debe ser capaz de quitarle el sueño al lector.

Si cualquier texto que emprenda contiene el gen o el germen de toda la vida del escritor, con mayor razón su autobiografía. Si cualquier punto que toque en cualquiera de sus textos, al desovillarlos o ramificarlos, potencialmente puede conducirlos a extenderse en innumerables y, sin duda, insospechadas profundidades o matices, con mayor razón la autobiografía.

La autobiografía es el género literario menos plagiable, y escribirla, paradójicamente, es el mayor de los desafíos para un escritor de ficción. ∞